

Crítica literaria

Una apasionante correspondencia entre Torralba y Villatoro

Para quien se sienta atraído por los grandes interrogantes de la vida y del más allá de la vida, éste es un libro apasionante: por su sinceridad, por su profundidad, por su pasión comunicativa. Los dos correspondientes que lo protagonizan no tienen ningún propósito de convencer al otro con silogismos filosóficos ni argumentos bíblicos. Hacen algo más sencillo: comparten vivencias, intuiciones, ideas, creencias y convicciones.

El editor, el amigo Ignasi Moreta, propuso a Vicenç Villatoro y a Francesc Torralba este epistolario cruzado porque se trata de dos intelectuales —un escritor y un filósofo— con trayectorias distintas y con un posicionamiento diferente en referencia a la religión. En teoría, Torralba es el creyente, y Villatoro es el no creyente. Con todo, Moreta en su prólogo confiesa que «cada vez tengo más claro que nos equivocamos cuando clasificamos a las personas en *creyentes* y *no creyentes*. Me atrevería a decir que la auténtica frontera no está entre *creyentes* y *no creyentes*, sino entre *indagadores* y *no indagadores*: entre los que buscan y los que no buscan, entre los inquietos y los indiferentes, entre los que están dispuestos a profundizar en las interioridades del ser y los que se conforman con lo que aparece en la superficie de las cosas».

Ya desde la primera carta, Torralba nos

FRANCESC TORRALBA - VICENÇ VILLATORO

Amb Déu o sense

Quaranta cartes creuades

Fragmenta, 2012, 352 pág.

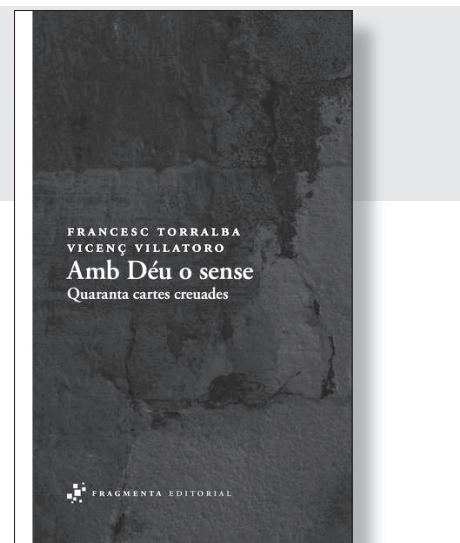
revela un estado de ánimo propicio a la palabra cristalina, decidida a desvelar, a transmitir sin engaño lo que lleva dentro, porque «un epistolario es, por definición, el género del alma, porque se escribe en primera persona del singular y se vierten los pensamientos y los sentimientos que brotan del yo profundo». Entrada la carta, Torralba ofrece a su interlocutor lo que podríamos calificar como primer *sentimiento ideológico*: «Siento que caminamos a tientas, que intentamos hacer las mejores elecciones, pero que, muy a menudo, erramos. Y erramos tanto los creyentes como los no creyentes. La verdad es que me parece más acertada la distinción entre indagadores y no indagadores. El indagador es el que busca, el que no se contenta con lo que sabe, con lo que conoce, con aquellos supuestos principios que le enseñaron de pequeño.»

Villatoro, en su primera respuesta, manifiesta una coincidencia con Torralba y con Moreta. Está de acuerdo con ellos en la idea de que no se puede dividir el

mundo entre creyentes y no creyentes, «porque todos creemos en algo». También le gusta la condición de indagador y la comparte con ambos. Y, a continuación, presenta sus credenciales: «Yo no sabría definirme y en todo caso acabaría siendo una definición en negativo, por exclusión: quien no cree, quien no cree en la divinidad, en la trascendencia.»

Por contra, Torralba hace explícita profesión de fe en Jesús porque —dice— «de la figura de Jesús le fascina su capacidad de transgredir, de superar viejos esquemas y de trascender los marcos legales de su tiempo». La convicción cristiana de Torralba es de una profundidad desconcertante: «Yo soy cristiano incluso en el caso de que no hubiera vida eterna, ni Juicio final, ni Reino de Dios.» Su fe se fundamenta en la bondad del mensaje, en la trascendencia universal del Evangelio de Jesucristo.

Esta trepidante correspondencia aborda también uno de los temas más debatidos en la *ética contemporánea*: ¿cuál es



la fundamentación de una ética sin Dios? Si no hay Dios, ¿todo vale? Más adelante, los interlocutores entran en otros dos temas, también primordiales: ¿qué es la felicidad?; y ¿es auténtica, es necesaria hoy una espiritualidad laica, sin Dios?

Y finalizo. *Amb Déu o sense* es uno de los libros más importantes de este 2012. Un libro que hay que leer para saber por dónde transitan los caminos de la creencia y de la increencia inteligentes del mundo que vivimos, a través de dos excelentes indagadores.



Josep-Maria Puigjaner
Escritor y periodista

Crítica teatral

¡Ay, si el violinista en el tejado fuera rico!

EL VIOLINISTA A LA TEULADA

Basado en *Las hijas de Tevye*, de Sholem Aleichem.
GUIÓN: Joseph Stein.
MÚSICAS: Jerry Bock.
LETRAS: Sheldon Harnick.
ADAPTACIÓN: Montse Gràcia.
ADAPTACIÓN LETRAS: Adrià Frias.
DIRECCIÓN MUSICAL: Eduard Doncos.
DIRECCIÓN: Montse Gràcia.
Cercle de Gràcia
Teatre Poliorama, Barcelona.
Hasta el 27 de mayo.

© Cercle de Gràcia



Pocas generaciones debe haber que desconozcan una de las canciones precedentes del teatro musical de Broadway más populares de los últimos cincuenta años: *If I were a rich man* (¡Ay, si yo fuera rico!), la estrella del musical *Fiddler on the Roof* (*El violinista en el tejado*), divulgada a partir de la versión cinematográfica de 1971, dirigida por Norman Jewison, que contó con el doblaje, en la interpretación musical, del célebre violinista Isaac Stern. La compañía del Cercle de Gràcia ha sido la invitada a cerrar la temporada familiar *Viu el Teatre*, del Teatre Poliorama, con la puesta en escena de una versión de este musical en un montaje

de excepcionales dimensiones humanas que demuestra cómo la voluntad y el entusiasmo pueden más que las dificultades presupuestarias. Y lo digo porque, hoy en día, pensar en levantar un montaje musical como *El violinista a la teulada* en un teatro privado de carácter comercial o un teatro institucional, seguramente sería económicamente temerario.

El Cercle de Gràcia destina a ello una compañía de una cuarentena de intérpretes, de todas las edades, que no sólo hacen los papeles más importantes de la obra sino que también interpretan las coreografías y las piezas musicales, en una banda sonora más que familiar en

la mayoría de su quincena de piezas, que quizá es nueva para los primeros espectadores, pero que no suena nada alejada de la memoria musical de los adultos.

El violinista a la teulada llegó al teatro de Broadway a partir de una adaptación de los relatos *Las hijas de Tevye*, de Sholem Aleichem, escritor judío nacido en Ucrania en 1859 y fallecido en Nueva York en 1916. Y seguramente porque el autor ucraniano hablaba de lo que conocía muy bien, la obra tiene hoy una principal importancia para entender históricamente y un poco mejor uno de los conflictos que ha perseguido en diferentes circunstancias al pueblo judío.

A pesar de que la trama pueda parecer algo banal —en la población ucraniana de Anatevka, el lechero Tevye, padre de una familia judía que vive pobremente, intenta casar a algunas de sus cinco hijas y se ve obligado a renunciar a la tradición del matrimonio concertado previamente cediendo al amor sincero de sus hijas—, el trasfondo de la obra trata claramente cómo se produce un conflicto entre vecinos rusos y judíos que hasta el momento convivían en armonía.

Represión ordenada por los cabecillas de los zares rusos a principios del siglo XX y ejecutada por los verdugos del pueblo, pérdida de las casas y las tierras de los judíos, exilio forzoso de las familias judías enteras... pero también tiempo de revolución social y de cambios culturales que, con aciertos y desaciertos, cambiarían en un futuro, y no sin tragedias, la manera de entender el mundo.

En una escenografía austera que se adapta a los distintos espacios y con un vestuario que respeta dignamente la ambientación original, las escenas que exigen el movimiento de casi la cuarentena de personajes, las coreografías, las celebraciones rituales del sábat, la fiesta tradicional de la boda, el baile popular de los invitados o la escena del sueño del lechero Tevye con la presencia de almas vivientes crean, en hora y media, un espectáculo musical con múltiples atractivos para todos los públicos que felizmente huye del estereotipo estrictamente familiar.



Andreu Sotorra
Escritor, periodista
colaborador de
Ràdio Estel